COMEDIA.

SI NO VIERAN LAS MUGERES,

DE

LOPE DE VEGA CARPIO.

EN TRES ACTOS.

PERSONAS.

Isabela, Dama.
Florela, Criada.
Federico, Caballero.
Tristan, Criado.
El Duque Octavio.
El Emperador Othen.
Fabio, Caballero.
Alexandro, Caballero.
Rodulfo, Caballero.
Velardo, Villano.



ACTO PRIMERO.

Sale Isabela Dama con sombrero de plumas y un arcabuz, y Florela.

Florel. No te alejes de la Quinta
de su plomo en confianza.
Isab. Mejor que de espada y lanza,
así la guerra se pinta.
La caza se me ha escondido,
ya no hallo á qué tirar.
Florel. Ociosas, para matar, son
las armas que has traido.
Isab. Requiebros, Florela?
Florel. No creo,
que fundados en razon
son requiebros.
Isab. Pues qué son?
Florel. Milagros de mi deseo,
con que ya no soy muger,
mudando en hombre mi nombre.
Isab. En hombre, Flora?
Florel. Y muy hombre,
que el alma lo puede hacer.
Isab. Como me vés tan valiente
pienso que hablas de temor.
Florel. Nunca le tuvo el amor,
para ningun accidente,
y holgárame que te viera
Federico en este trage.
Isab. Enviale, Flora, un paje.
Florel. Buena diligencia fuera:
pero si no es que me engaña
lo airoso y galan del talle,
él baxa del monte á el valle,
y mi Tristan le acompaña.
Isab. No te engaña el pensamiento,
que hay hombres de tal donaire,
que tienen alma en el ayre,
de qualquiera movimiento.
Aquí me quiero esconder
que le quiero saltear.
Florel. Invenciones de matar
solo amor las sabe hacer.

Salen Federico y Tristan en Cuerpo.

Fed. O el pensamiento adivina,
ó me dió su resplandor.

Trist. Muchas vezes piensa amor,
que mira lo que imagina.

Fed. De dar en el agua el Sol
se forma el arco del Cielo,
y así en mis ojos rezelo,
que dió su claro arrebol;
fundados en agua están
para poderse mover,
con que la pudieron ver
y ella formarse, Tristran.

Trist. Yo pienso que fué en el mundo
primer filósofo amor.

Fede. De darme su resplandor
este pensamiento fundo.
No lejos de aquesta encina
la ví, y á Flora tambien.

Salen Isabela y Flora.

Isab. Téngase todo hombre.

Fed. A quién?

Isab Á Amor.

Fed. Ó Venus divina,
si quereis á el que camina
robar, y quitar despojos,
para qué tantos enojos?
dejad ese fuego os ruego,
no se corra el dulce fuego
de vuestros hermosos ojos.
Baxad las armas, que ya
para mí no harán efecto,
cese tan cruel decreto,
no mateis quien muerto está.
Al amor por armas dá
la antigüedad, arco y flechas,
por que para herrar sospechas
y para acertar desdichas,
son sus flechas y sus dichas,
de hierro y de plumas hechas.
Tomad el arco, y dejad,
el fuego que en otra esfera
mas alta vive, siquiera
por honra de mi verdad:
no muera mi voluntad
de otro fuego que el que vive
en vuestros ojos, ni prive
al sol en ese arcabuz
un relàmpago de luz,
que el ayre de sombra escribe.
Quando sale el vandolero,
y se le pone delante,
pide humilde el caminante
la vida, y dexa el dinero:
lo mismo pediros quiero,
y el alma y potencias daros,
y que dexeis suplicaros
la vida para serviros,
un sentido para oiros,
y el otro para miraros.
Dicen, que Palas dormía
en una selva, quitada
la guarnecida celada
de plumas y argenteria,
y Venus por bizarria
se la puso, á quien severo
dixo Amor: Madre no quiero
esos laureles y palmas,
con almas se matan almas,
que no con armas de azero.

Isab. Quándo, Federico mio,
Isabela os ha negado
el alma?

Fed. Doy por robado
todo mi libre alvedrio:
yá de la accion me desvio,
que tuve, dandoos la mia,
si vida y piedad pedia,
ya no lo quiero, pues ya
vida por vida me dá,
quien á matarme venia.
Mas dexando agradecido
esta plática, señora,
no lo esteis de verme ahora
donde por fueza he venido:
el Emperador ha sido
la causa, que á caza viene
por este monte; y me tiene
sospechoso de que os vea,
que en esta vecina aldea
pasar la noche previene.
Ya sabeis, que son los celos
sombra de amor, que no hubiera
cosa que mas dulce fuera,
si le dexáran desvelos:
mas no quisieron los cielos

dar á los hombres un bien
tan alto, sin que tambien,
pagase amor tal pension,
que con zelos burlas son
olvido, ausencia y desden.
Vos os habeis de esconder
de suerte, que nadie os vea,
que teme amor que no sea
mi muerte, si os viene á ver:
tiene supremo poder,
y á damas tan inclinado,
que ya piensa mi cuidado,
que él es Páris, vos Helena,
y yo del mar en la arena
el Griego en llanto bañado.
Esto á los zelos les debe,
dulce Isabela, el amor,
que es dar aviso á el honor,
con las sopechas que mueve.
Suenan truenos quando llueve,
y de las nubes los senos
se rompen de piedra llenos,
dando á el Labrador desmayos,
pues jamas cayeron rayos,
sin que lo dixesen truenos.
Son los agravios, señora,
relox de canpana, dando
con publicos golpes, quando
está pasada la hora:
los zelos al que la ignora,
son la saeta, que vá
á donde la letra está
tan quedo, que no se vé,
por que sepa ántes que dé,
el número á donde dá.
Mirad si temer es justo,
viendoos á vos tan perfecta,
que señale la saeta
la letra de mi disgusto,
que os escondais es mi gusto,
no os vea el Emperador,
por que la señal mayor
de amor, que á todas excede,
es no dar celos, si puede,
la muger que tiene amor.

Isab. Quando por mí sola fuera,
os quiero yo obedecer.

Fed. Y yo, Señora, volver
donde ya el Cesar me espera;
no te entristezcas, ribera,
de que el Sol te falte ahora
que tus campos y aguas dora
cristal y flores paciencia,
que breve será la ausencia
de mi luz, y vuestra aurora.

Trist. Y tú, Flora, no te escondes?

Flo. Y yo para qué Tristan?
tú, celos? de qué, galan?

Trist. Con letrilla me respondes?
no te puede ver alguno
mas galan, y mas señor?
de zelos teniendo amor,
hase escapado ninguno?
Yo no sé historias que sean
exemplo, ni digo más
de que mejor estarás
Flora donde no te vean:
caen rayos, suenan truenos,
avisan zelos de agravios,
guárdanse los que son sabios,
dan en los que saben menos.
Campos perdonad que Flora.
se vá á esconder no es exceso,
que no dexareis por eso
de ver el sol y la aurora *Vase.*

Flo. Suspensa estás.

Isab. Hame dado
lo que nunca imaginé.

Flo. Es deseo?

Isab. Si.

Flo. ¿De qué?

Isab. De lo que has imaginado,

Flo. De ver al Emperador
me parece que será.

Isab. Quien, Flora, no lo tendrá
de ver al mayor señor
del mundo que alaban tanto.

Flo. Necio en avisarte anduvo
Federico

Isab. Culpa tuvo
pero de pensar me espanto,
que hiciese mi gusto empleo
contra su gusto.

Flo. No es justo,
quando es tan honesto al gusto,
recatar tanto el deseo.

No es nueva la condiciou
que nos viene por herencia,
la primer desobediencia
nació de la privacion.
Malparió cierta Romana,
con el deseo de ver
un monstruo, y de se atrever
á llegar á la ventana.
¿Qué agravio recibe honor
de galan y no marido,
por ver al esclarecido
Cesar del mundo señor?
que decir, por que es mancebo
que te puede codiciar,
es achaque de no dar gusto.

Isab. La razon apruebo,
que Federico no es justo,
que quiera quitarme el ver,
si en vaja, y noble muger
es naturaleza, y gusto,
el ver á quien causa enojos:
todo al hombre se rindió
si no es los ojos, y yo
no tengo esclavos los ojos.
Quál muger, aun que casada,
de no mirar se obligó?
que aun ciega ácia dentro vió
con potencia imaginada.
Yo, Flora, tengo de ver
al Cesar, si bien será disfrazada.

Flo. Cerca está.

Isab. O ver ó no ser muger:
tiéneme aquí el padre mio,
porque él está desterrado,
mirando un monte, y un prado,
y entrando en la mar un rio:
y un dia que viene aquí
el águila con el pico,
de oro y perlas, Federico,
me manda esconder á mí.
Mas quiere una muger ver,
que del mundo los despojos,
que es tapar al Sol los ójos
cerrar los de una muger,
que como pasa, y traspasa
su luz por qualquier resquicio,
ó ha de perder el juicio
ó ha de mirar lo que pasa. *Vase.*

Salen Fabio, Rodulfo, Alexandro caballeros de caza, y el Emperador.

Emp. Cansado estoy.

Fab. Es el dia caloroso por estremo.

Alex. Quando es con exceso tanto
no sin donaire dixeron,
los antiguos, que ladraban
aquellos celestes perros.

Rodulf ¿Que mucho, si les dá el sol,
gran señor, de medio á medio,
y está para darles agua
hoy el aquario tan lexos?

Emp. Señoras hiervas, haced
silla al que tiene el imperio
de Alemania, y en Italia,
y Roma, el sagrado reino:
Que dosel como estos olmos,
que con natural ingenio
visten hiedras, que coronan
de razimos sin cabellos?
Que telas como estos lauros
donde parece que huyendo
Dafne, mas agua que sol,
la viene siguiendo Febo?
Con que gracia se despeña
ese musico arroyuelo,
de esas pizarras á el prado
que en verdes juncos, y lechos
le dá cama, en que se duerma
del ruido que echan ménos,
las aves, á cuyos tiples
era templado instrumento?
Dónde quedó Federico?

Alex. Luego que fuisteis siguiendo
aquel Antheon sin alma,
que de la ramas de un fresno
cuelga por los pies atado
bañando de sangre el suelo,
se fué entrando por el monte
con Tristan el escudero
de quien celebras donaires
de quien repites despejos;
pero ya vienen los dos.

Salen Federico y Tristan

Fed. ¿Si me habran echado menos?

Trist. Eso dudais?

Emp. Federico, dónde has estado?

qué has hecho?

Fed. Codicioso de seguir
un javalí mas soberbio,
que aquel feroz que en Arcadia
abrió de Adonis el pecho
con dos dagas de marfil,
eterno llanto de Venus,
perdí las señas del monte,
y por laberintos hechos
de pinos, que de las nubes
verdes obeliscos dieron
temor al sol con la historia
de los gigantes soberbios
anduve, señor, buscando
algun labrador Teseo,
que me sacase al camino,
hasta que de tus monteros,
de una peña repetidos,
me truxo el ayre los ecos.

Emp. No se le puede negar
á la caza, caballeros,
ser el mas noble exercicio
y de mas ilustre aliento,
para empresas militares,
y de antiguos y modernos
mas celebrado en el mundo.
Envidio el famoso esfuerzo
del Africano, que mata
de Lidia en los campos secos
con solo el desnudo brazo,
y las dos puntas de acero,
al Rey de los animales:
pero quando yo contemplo
que es todo trabajo inútil,
parece que me arrepiento
de la fatiga que traigo,
y el cansancio con que vuelvo.

Fed. En las acciones humanas
á la inclinacion debemos
hacer faciles las penas,
así hallaron los secretos
de la gran naturaleza
los filósofos, y dieron
fin á tan altas empresas
los romanos y los griegos.
La inclinacion hizo sabios
oradores y maestros
de las leyes, y el laurel
poetas de ilustres versos:
corresponden las costumbres
á la inclinacion. *Emp.* Yá veo
que fué de nuestras pasiones
el primer fundamento:
Pero quál es la mayor
pasion de las que tenemos
los hombres naturalmente?

Fed. Dexando afectos diversos,
son la ira y el amor.

Emp. ¿Y quál es el mayor?

Fed. Tengo
la ira por mas pasion,
de quien los sabios dixeron,
que era una breve locura,
que ciega al entendimiento.

Emp. Engañaste, porque amor
aspira en el alma á eterno,
que como ella es inmortal,
tambien amor puede serlo;
y la ira, y tú lo dices,
ser breve, pues dura el tiempo
que dilata la venganza:
pero del amor sabemos,
que puede durar, despues
de executado el deseo.
Toda la vida en un hombre:
y es facil aquí el exemplo,
que podeis todos vosotros
tener encendido el pecho
de amor ahora, y ninguno
tener ira, luego es cierto,
que es mayor pasion amor.

Fed. Que es la mas noble confieso,
pero no que la mas fuerte.

Emp. Vosotros que estais oyendo
al discreto Federico
un pensamiento tan necio,
qué decis de su opinion?
Confesándome primero,
si amais, porque no es posible
que donde hay tantos sugetos
de hermosura y discrecion
esteis libres de este efecto.
Di tú, Fabio, por mi vida...

Fab. Yo, señor, con nadie tengo
ira, amor sí.

Emp. ¿Quieres bien?

Fab. Cierta señora requiebro
con mas amor, que esperanza.
Aro el agua, siembro el viento.
Emp. ¿Tú, Rodulfo?
Rodulf. Por tu vida
diré verdad: yo no acierto
á conquistar voluntades:
tengo mi dama de asiento:
aseguro mi salud.
quiero mas, y gasto menos.
Emp. Tú, Alexandro?
Alex. Gran señor,
un imposible pretendo
Emp. No hay imposible, Alexandro,
rogando, amando y sirviendo.
Tristán, ya que estás aquí,
dí tu razon, porque entiendo
vencer con todos los votos.
Trist. Indigno, César excelso,
me siento en tanta grandeza,
mas como siempre te veo
inclinado á mi favor,
tendré á tu vida respeto.
Yo quiero una casadilla,
de cuyos ojuelos negros
saliera el sol mas hermoso,
si se acostára con ellos.
De las rosas de la cara
parece que amor ha hecho
azucar rosado el alma
de mis enfermos deseos.
Breve boca, y dientes blancos,
tales, que un mico ligero
pensando que eran piñones,
saltó una vez á comerlos.
Las manos eran, por Dios,
lindas, si pidieran menos;
lo que es el brio pudiera
ser el alma de otro cuerpo.
Fuese el marido á una aldea,
substituir quise el lienzo
de sus sábanas; volvió,
era rigoroso invierno,
escondióme en un texado
del marido, y no del cierzo,
á donde estuve sin juicio
hasta que el Alva riendo
me tuvo por chimenea,
y con ser tan grande el hielo,
confieso, que no ha podido
vencer de mi amor el fuego.
Emp. ¿Por qué callas, Federico?
Fed. Yo, señor, porque no puedo,
siendo ayudante de amor,
ayudar á tu argumento:
en toda mi vida quise
ni dixe á muger requiebro,
ni sujeté el alvedrío,
ni rendí el entendimiento,
ni escribí papel de amores.
ni tuve de nadie zelos,
ni me vió rondar de noche,
ni oyó mis quejas el viento,
ni supe qué eran desdenes
ni favores, porque tengo
de las tragedias de amor
innumerables exemplos.
Emp. ¿Pues qué has hecho, Federico,
de toda tu vida el tiempo?
Tú eres hombre? Tú eres noble?
tú valiente? tú discreto?
en qué Scitia, en qué Etiopia
naciste? qué monte fiero
de Tesalia fué tu padre?
qué tigre te dió su pecho?
Hombre vivió sin amor
en el mundo, donde vemos
llorar una ave de ausencia,
morirse un cisne de zelos,
bramar en el bosque un toro,
gemir en el monte un ciervo,
y un delfin entre las ondas
del mar, festejar paseos
al sugeto que le dió
naturaleza por dueño.
Tú no sabes, Federico,
que desde el hombre primero
es amor Rey de los hombres?
Fed. Señor, en amor me empleo
de la virtud y los libros.
Emp. Es justo amor, no lo niego.
Pero hay cosa mas amable,
ni de excelente sugeto,
como una hermosa muger
al humano entendimiento?
Qué cosa es buena sin ellas?

Qué es la caza, qué es el fuego
para igualar á sus brazos?
O por quien, dime, ha hecho
la plata la luna, el sol
el oro, el mar en su centro
las perlas, las piedras ricas,
los planetas, influyendo
para diversas colores
sus calidades y efectos?
Para quién tanto artificio?
desde el gusano pequeño,
que labra en capullos blancos
el túmulo de su entierro,
de donde la seda sale,
con que vestimos los cuerpos,
que nos dieron aquel sér
que todos reconocemos?
Pues advierte, Federico,
que desde hoy (estame atento)
has de buscar á quien ames,
humilde, ó alto sugeto,
por que en mi cámara, juro
por Dios, y esto será cierto,
que no ha de entrar sin amor
hombre ninguno, que creo,
que hombre que no sabe amar,
no sabrá servir, y aun pienso,
que no puede ser leal,
ni valiente, ni discreto.
No digo, que amor vicioso
ocupe tus pensamientos,
sino amor casto, que obligue
virtuoso á un fin honesto.
Qué piensas tú que es él solo?
pues profesas libros, pienso,
que si á Aristóteles viste,
sabrás que dixo por ellos,
que él solo era Dios ó bestia,
de cuya máxîma entiendo,
que si acompañan amigos
el humano entendimiento,
no la voluntad, que aspira
á mas estrechos deseos;
y al mismo sabio tambien,
le desterraron los griegos,
porque adoraba á su Dama,
y la hizo altar ó templo.
Hasme entendido? *Fed.* Muy bien:
y que buscaré sugeto,
á quien amar desde hoy;
y cómo? si ya le tengo *ap.*
mas alto que el mismo sol.

Dentro ruido.

Uno. Ataja, ataja: del cerro
pelado desciende al verde
valle. *Otro.* Si á Melampo suelto,
no se le irá por los pies,
aunque le igualen al tiempo.
Emp. Corred, caballeros, todos,
que en esta fuente os espero.
Fed. Y yo tambien? *Emp.* Federico,
tú el primero. *Fed.* Ya obedezco
tu gusto; vamos, Tristán.
Trist. Un grande preñado llevo
de cosas que te decir.
Fed. Hablarémos en secreto.

Vanse todos, y queda solo el Emperador.

Emp. Quien no sabe de amor vive entre fieras,
quien no ha querido bien, fieras espante;
ó si es Narciso de sí mismo amante,
retrátese en las aguas lisonjeras.
Quien en las flores de su edad primeras
se niega á amor, no es hombre, que es diamante,
que no lo puede ser el ignorante;
ni vió sus burlas, ni temió sus veras.
O natural amor, que bueno y malo,
en bien y mal te alabo y te condeno,
y con la vida y con la muerte igualo;
eres en un sugeto malo y bueno,
ó bueno, al que te quiere por regalo,
ó malo, al que te tiene por veneno.

Salen Isabela y Flora vestidas de labradoras, y Belardo de villano.

Isab. Muy mal nos habeis guiado.
Bel. No ha sido la culpa mia,
que esta gente no venia
á merendar en el prado
para sentarse despacio:
ni estamos para mirar
al César salir ó entrar

en las puertas de palacio.
Todos van en sus rocines
por el monte, discurriendo.
Isab. Lejos se escucha el estruendo.
Flor. De aqueste valle en los fines
repite el eco en las voces.
Emp. Qué graciosa labradora!
sale mas fresca la Aurora?
Isab. Tú, pienso, que no conoces
al Emperador? *Bel.* Yo no.
Isab. Mas no serán menester,
que bien se echará de ver.
Bel. Pintado le he visto yo;
y así vendrá por acá.
Isab. Cómo? *Bel.* Con un gran ropon
de armiños blancos, tuson
de oro, en que el cordero está
entre piedras y eslabones,
corona de tres, el mundo
en la mano, el sin segundo
cetro de tantas naciones,
y la valerosa espada.
Isab. Y ha de venir á cazar
de esta suerte? *Flor.* Y aquí andar
con la púrpura sagrada?
Bel. Andan tan graves y erguidos,
que por sus Reales leyes
he pensado que los Reyes,
Flora, se acuestan vestidos:
nosotros mudamos cara
con mala ó buena fortuna,
los Reyes no, siempre es una.
Emp. Mientras mas para y repara
mi vista en esta muger,
mas hermosa me parece.
Flor. El César se desparece;
bien nos podemos volver.
Isab. Ay, Flora, qué gran desaire
ser alayre mi venida!
Emp. No he visto cosa en mi vida
de tanta gracia y donayre.
Isab. Sin ver á los cortesanos
siquiera me he de volver?
Emp. Labradora puede ser
de corazones humanos.
Isab. Allí he visto un caballero.
Ola, qué digo, señor,
dónde está el Emperador?
Emp. Aquí, señora, le espero;
mas qué es lo que quereis,
que yo soy un gran privado?
Mucho tendreis negociado
con las gracias que teneis,
porque siempre la hermosura
lleva cartas de favor.
Isab. Ya sé que el Emperador
la divina arquitectura
humilla á qualquier muger.
Emp. No á qualquiera, que en efecto,
es quien es, mas yo os prometo,
que si os acertase á ver,
y á oiros hablar así,
que se perdiese por vos.
Isab. Perderse? válgame Dios!
pues no tiene el mundo allí?
hay mas que buscarse en él?
Emp. Quien por un Angel se pierde
es justo que se os acuerde,
que es fuerza volar tras él;
luego buscarle en el suelo
vuestro pensamiento yerra,
que no se hallará en la tierra
quien se ha perdido en el cielo.
Isab. No entendemos por acá
tan angélicos requiebros,
que entre castaños y enebros
humildemente se vá:
decidnos del talle y cara
del señor Emperador.
Emp. Miradle como á señor,
en que el respeto repara;
y con eso le habreis visto;
mas dónde vivís? *Isab.* No sé.
Emp. Sabrélo yo? *Isab.* Para qué?
Emp. Porque soy el que conquisto
para el César estas aves.
Isab. Muy buen oficio teneis,
medraréis y privaréis.
que son bocados suaves;
y así á vos os lo haga Dios,
pues junto al César estais,
que el bien que podais le hagais,
no sea todo para vos.
No digais de nadie mal,
que es baxeza, y no es razon
trocar con mala intencion

un espíritu Real,
que si de aquel alto cielo
alguna vez deslizais,
no dudeis, si bien hablais,
que hallaréis mas blando el suelo.
Esto os digo, aunque con miedo,
á ver al César venia,
mas que ya se acaba el dia,
á Dios. *Emp.* Esperad.
Isab. No puedo, *Vase.*
Emp. Oyes tú, buen labrador.
Bel. Qué mandas? *Emp.* Saber deseo
quién es esta labradora.
Bel. No me pareceis discreto
para cortesano. *Emp.* Cómo?
Bel. Aunque es difrazado cuerpo,
no veis que el alma es de damas;
las galas y el limpio aseo?
qué olor os dió de tomillo,
pues á los amberes echo,
no conocisteis el suyo?
Emp. No os espanteis, soy un necio!
Cómo se llama? *Bel.* Isabela.
Emp. Y vos? *Bel.* Al servicio vuestro,
Belardo. *Emp.* Aun viven Belardos?
Bel. No habeis visto un árbol viejo,
cuyo tronco, aunque arrugado,
coronan verdes renuevos?
pues eso habeis de pensar,
y que pasando los tiempos,
yo me sucedo á mi mismo.
Emp. Vos decís bien, y yo quiero
daros aquesta sortija.
Bel. De oro? *Emp.* De oro, pues.
Bel. Del pueblo
soy señor, mas hay dos cosas
con peligro manifiesto
de ser envidiadas. *Emp.* Quales?
Bel. La riqueza y el ingenio.
Dan todos los cortesanos
de esta suerte? *Emp.* Así lo pienso.
Bel. Porque dicen por acá
que el dar se pasó á otro Reyno.
Emp. Quién es Isabela? *Bel.* Es hija
del Duque Octavio. *Emp.* Ya tengo
noticia del Duque Octavio,
y tambien de su destierro.
Bel. No tiene el César razon
de tenerle tanto tiempo
desterrado de la Corte
por envidia. *Emp.* Ahora entiendo
lo que me dixo Isabela:
todos los malos sucesos
atribuyen los culpados
á los que tienen gobiernos.
Es casada esta señora?
Bel. No señor, que está su viejo
padre pobre. *Emp.* Es hermosa.
Bel. No es el dote de estos tiempos.
Emp. Dónde vive?
Bel. A mano izquierda,
entre esas ayas y tejos,
se esfuerzan dos torres mochas,
para ser mas altas que ellos;
allí pasa su tristeza
y su vejez: mas ya siento
vuestra gente, á Dios, á Dios,
que van mis amas huyendo
de la noche, y de que el Duque
sepa que tan lejos fueron. *Vase.*

Salen Federico y los demás.

Fed. No ha visto en esta selva, ni en ninguna
deste ni otro horizonte
tu Magestad Cesarea tan valiente
parto de los peñascos de aquel monte:
de juncos se vistió de esta laguna,
llevando del hocico y de la frente,
colgados los lebreles irlandeses,
ardientes canes de estos rubios meses:
y á Melampo y Taurin por arracadas,
las orejas en púrpura bañadas.
Allí entre el cieno y ovas
de tantas cuevas y humedas alcobas,
rindió la fuerte vida,
buscando el agua de su amor teñida,
en cuya sed, por mas ardides fragua.
bebió mas de su sangre, que del agua,
ven á verle si quieres.
Emp. Ya no puedo,
que baxa entre las sombras de su miedo
la noche, que nos cubre,
y la creciente luna se descubre
en los fines del dia.

No está lejos de aquí la casería
del Duque Octavio, albergaréme en ella,
hasta que salga la amorosa estrella.
paraninfo del sol.

Fed. Del Duque Octavio?
pues ya te olvidas del pasado agravio.

Emp. Es mucho que me olvide,
si con los años el rigor se mide?

Fed. Quién te ha dicho, señor, que aquí vivia
el Duque?

Emp. Un labrador, que conducia
sus bueyes de la arada,
atadas las coyundas á las frentes,
y en la rústica mano las aguijada.

Fed. Resultarán dos mil inconvenientes,
de ver al Duque ahora desterrado.

Emp. No lo estará, si queda perdonado.

Fed. Está todo el servicio en esa Aldea.

Emp. Traerle.

Fed. Será tarde.

Emp. Aunque lo sea.

Fed. Estaba puesto allá todo recado.

Emp. Federico, acabad, no seais pesado. *Vase.*

Fed. Extraña novedad! Por dónde, cielos,
ha dado mi desdicha en el agravio,
huyendo del peligro de los zelos,
si no es dichoso, no hay amante sabio:
que supiese, á pesar de mis desvelos,
la casa donde estaba el Duque Octavio!
amor, qué importan prevenciones dichas,
donde tienen imperio las desdichas!

Trist. De qué te afliges?

Fed. Todo me desvela.

Trist. Pues hay mas que decirla, que se esconda
á los ojos del César Isabela,
y que á tus justos zelos corresponda?

Fed. No has visto halcon, que á las perdices vuela,
y que las vá cercando á la redonda,
y que la mas segura y escóndida
pierde primero que el temor, la vida?
así será Isabela, y sus criadas
guardadas de mis zelos y temores.

Trist. Quando alojar, soldados, camaradas,
sienten para su mal los labradores,
esconden las gallinas, y guardadas,
apénas siente el gallo los alvores
de la primera luz, quando en voz fuerte
se vuelve cisne por cantar su muerte.
Aquí será, señor, de otra manera,
si tu Isabela defender procuras,
porque no cantarás, estando fuera,
y ellas con esconderse están seguras.

Fed. Quién fuera nube que esconder pudiera
de Isabela, mi sol, las luces puras?
mas como no es posible al de los cielos,
ménos podrán su resplandor mis zelos.

Vanse, y salen el Duque, Octavio y Belardo.

Oct. La vuelta de Federico,
que viene el César confirma.

Bel. Digo, que he visto, señor,
acercarse á nuestra Quinta
gente del Real servicio,
instrumentos de cocina,
y aparatos de la noche,
de que tan graves venian,
las acemilas que llevan
los reposteros encima
con las armas del imperio,
que dixe: si éstas caminan
tan soberbias, porque traen
cosas de tan baxa estima,
qué mucho que lo parezcan
los que tan cerca se miran
del señor Emperador?

Oct. No sé por dónde mi dicha
le ha traido á nuestro monte,
ni como ya se le olvida
lo que tuvo por agravio;
presumo que determina
perdonarme, y que ha buscado
con esta invencion fingida,
ocasion á su piedad;
que en fin quando pretendian
el Imperio de Saxonia,

y él con armas atrevidas
dexé la parte de Othon,
teniendo mayor justicia.
Coronóse, al fin, venciendo,
y en viendo en su frente altiva
las hojas de oro y laurel,
del sagrado imperio insignias,
pudiendo verter mi sangre,
con destierro me castiga.
Ya vá llegando la gente,
entra, y á Isabela avisa,
que tengo al César por huesped,
para que esté prevenida
para besarle la mano.
Bel. La gente, señor, me admira,
que sigue á un Rey, aunque sea
para entretenerse un dia.
Oct. Si vés el campo del cielo
y el sol, por qué no imaginas
los exércitos de estrellas
que de su luz participan?
lo mismo es un Rey. *Bel.* Yo parto
á decir que se aperciba
mi señora á ver el sol.
Salen el Emperador y los demás.
Fed. Aquí está el Duque.
Oct. Y se humilla,
gran señor, á vuestros pies,
á donde lágrimas sirvan
de palabras, que mejor
con ellas se significan
los sentimientos del alma.
Emp. Quien á vuestra casa misma
viene, Octavio, claro está,
que el perdon os anticipa.
El blason de nuestro Imperio,
entre el acero y la oliva
dice que perdona humildes,
y que soberbios castiga:
yo os abrazo, que es la pluma
que las amistades firma,
sin acordarme de agravios.
Oct. Vuestra Magestad invicta,
soberano Othon, bien sabe,
que como alma arrepentida
me sepulté en estos montes
en pena de mi desdicha,
pudiendo del de Saxonia,
cuyas vanderas seguia,
admitir grandes mercedes.
Emp. No es menester referirlas,
sino saber, que tendreis
con este perdon las mias.
Fed. Temblando, Tristán, estoy.
Trist. Pues de quién?
Fed. De que le impida
que quiere ver á Isabela.
Trist. Y qué habrá despues de vista?
Fed. Ser su hermosura tan grande,
que si el César se le inclina,
no habrá poder en el mundo
que lo que temo resista.
Emp. Federico?
Fed. Señor? *Emp.* Oye.
Ya me parece que hacia
agravio á tu amor, callando
de mi súbita venida
la causa. *Fed.* Y yo la deseo,
pues de Octavio la malicia,
con que tomó contra tí
las armas, no merecia
este perdon. *Emp.* Quando os fuisteis
salió de aquellas encinas,
quién creyera tal! un ángel,
un cielo, un sol, una ninfa
vestida de labradora,
que deseosa venia
de ver al Emperador,
y por verla, y por oirla,
no le dixe que yo era.
Su hermosura y gallardia
fueron un rayo á mi alma,
no he visto cosa mas linda
desde que tengo el laurel
de Alemania, ni en mi vida
me dió mas dulce deseo
de su amorosa conquista.
Esto me truxo á su casa,
sabiendo que era su hija,
del Duque; díle al descuido
que me enseñe su familia;
iréme en viéndola, y tú
le dirás, pue amor me obliga
á tanto exceso, y que á solas
honestamente permita
que hablemos los dos. *Fed.* Señor.

sola Isabela venia
á verte? *Emp.* Así me lo dixo.
Fed. Tu gran Magestad obliga
contra el honesto recato,
qúe desta dama publica
la fama á mayor exceso.
Emp. Ahora sabes que incita
toda novedad los ojos
de las mugeres? *Fed.* Es digna
tu grandeza de mayores
milagros. *Emp.* Todo lo miran,
todo lo vén las mugeres
que quieren ver y ser vistas;
por si quando desean
ver y ser vistas, les quitan
ser vistas, y que las vean,
harán mil cosas indignas,
romperán torres, saldrán
por rejas, pondrán mil vidas
y mil honras en peligro.
Fed. Bien lo dicen mis desdichas,
echó la fortuna el sello,
y firmó quanto yo temia:
bien dicen los desdichados,
que las almas profetizan.
Ya no es menester, señor,
que al Duque Octavio diga
lo que mandaste, ella viene.
Sale Isabela acompañada de Criadas.
Isab. Vuestra Magestad permita
los pies á su humilde esclava.
Alex. No soy yo, señora mia:
allí está el Emperador.
Flor. Ay, señora, por tu vida,
que es el que hablaste en la fuente.
Isab. El alma me lo decia,
y no lo quise creer.
Dexad, señor, que se rinda
esta esclava á vuestros pies.
Emp. Que los brazos os reciban,
es mas justo: ó Federico,
qué hermosura tan divina!
Fed. Demonio la juzgo yo.
Emp Qué intercesora podia
como vos traer el Duque?
Isab. Laurel de mil mundos ciña
esa victoriosa frente.
Emp. Parece descortesía
el recibiros en pie;
entrad, y tomemos sillas.
Dá la mano, Federico,
á Isabela.
Fed. Ah, fementida!
Isab. Pues qué culpa tengo yo?
Fed. Pregúntalo á las encinas
dónde fuiste á ver al César:
eres muger. *Emp.* Qué decias
Vuelve el rostro el Emperador.
á Isabela? *Fed.* Que merece
de tu imperial Monarquía
la mitad. *Emp.* Y aun todo es poco.
Fed. Qué traicion!
Isab. Qué necia envidia!
Flor. Y tú no me dás la mano?
Trist. En cinco dagas vuídas
quisiera volver los dedos.
Flor. Qué locura?
Trist. Qué desdicha!
Flor. Qué quieres? tenemos ojos,
y los ojos... *Trist.* Dilo.
Flor. Miran.
Trist. Mal cuervo aposente el pico
en la mitad de tus niñas.
Flor. Pues á quien ofende el ver?
Trist. Ya sé que el diablo os pellisca
en habiendo novedad.
Flor. Y vosotros?
Trist. Pues querias
la libertad que tenemos
por executoria antigua?
Flor. Con eso no vén muger,
que luego no la codician
los hombres.
Trist. Flora, entre yeguas
todo caballo relincha.

JORNADA SEGUNDA.

Salen Federico y Alexandro.

Alex. Piadosa hazaña del invicto César
ha sido, Federico, en tanto agravio
el haber perdonado al Duque Octavio,
no sé si diga que de amor ha sido,
pues no solo á la Corte le ha traido,
pero de oficios de su casa honrado.

Fed. Como nunca, Alexandro, me ha tocado
la envidia de la Corte,
siempre camino por distinto norte.
Bien sé que la hermosura de Isabela
puede en la edad de Othon, si le desvela,
ser causa del honor que al Duque ha hecho;
pero de sus virtudes satisfecho,
y de la buena fama de esta Dama,
(que en la muger es la mayor fama)
tendré por imposible su deseo,
fuera de que no creo, que Othon
la mire, como habeis pensado.

Alex. Su condicion me ha dado
tan necio pensamiento,
y de haberle tenido me arrepiento,
q̃ el tiempo q̃ estuvimos en la aldea
me dió ocasion de amarla su hermosura.

Fed. Extraña desventura!
no hay cosa que no sea
para tormento mio.

Alex. Víla una tarde, que baxaba al rio
con Flora, su parienta ó su criada,
sentóse en la esmaltada
orilla entre las flores,
q̃ de envidia esforzaban sus colores,
y tomando una caña
que un labrador traía,
cada pez que sacaba, parecia
una estrella de plata por el viento,
pendiente del sedal se resistia.
Llegué con osadia,
y dixe: si los peces almas fueran,
á tan dichosas manos acudieran
sin resistirse tanto.

Fed. Buen requiebro.

Alex. Deberos de burlar.

Fed. Antes celebro
que viniéron las almas por despojos
al cristal del anzuelo de sus manos,
y al cebo de sus ojos.

Alex. Allí nacieron pensamientos vanos,
allí esperanzas locas
de palabras corteses, aunque pocas,
que me dixo bañando en clavel puro
quando mezcla lo claro con lo obscuro
el nevado jazmin de sus mexillas;
cubriéronse de sombra las orillas,
porque el sol de Isabela y el del cielo
á un tiempo las dexaron,
quedando en la ribera tristes ecos,
las flores desmayadas, las suaves
aguas sin risa, y sin cantar las aves.
Con este amor, con este casto zelo,
que sus dulces palabras alentaron:
pienso pedirla á Octavio.

Fed. Dichoso vos, que sabio
seguís, queriendo bien, de Othon el gusto,
yo sin amor, aunque le voy buscando,
finjo que muero amando.

Alex. Ay Dios! no finjo yo, que amando muero;
si llegáre ocasion, de vos espero
con el César favor para casarme:
entro á vestirle, y entro confiado
de la merced que siempre me habeis hecho.

Fed. Yo quedo á serviros obligado.

Alex. Siempre lo estuve de ese noble pecho. *Vase.*

Fed. Canta páxaro amante en la enramada
selva á su amor, que por el verde suelo
no ha visto al cazador, que con desvelo
le está escuchando la ballesta armada:
tírale, yerra, vuela, y la turbada
voz en el pico transformada en hielo,
vuelve, y de ramo en ramo acorta el (vuelo,
por no alejarse de la prenda amada.
De esta suerte el amor canta en el nido,
mas luego que los zelos, que recela,
le tiran flechas del temor de olvido,
huye, teme, sospecha, inquiere, zela,

y hasta que vé que el cazador es ido,
de pensamiento en pensamiento
vuela.

Sale Tristan.

Trist. Pensarás que me he tardado
por culpa mia. *Fed.* No sé;
pero sé que te esperé
de esperar desesperado.
Trist. A la nueva casa fuí
de la señora Isabela,
con la propuesta cautela,
en cuya portada ví
como salvage á Belardo,
que en forma de escudero
quiere olvidar lo grosero,
y presumir lo gallardo.
Por Flora pregunté,
él me abrazó, y me llevó
á la sala, donde yo
el nuevo adorno admiré.
Visten las paredes tela,
que hasta el suelo se dilata,
y está en baranda de plata
el estrado de Isabela,
que es el cristal de esta audiencia:
escritorios, sobrestantes,
que tuvieran para amantes
notable correspondencia.
Ramilletes con flores
fingidas, que burlar pueden
las abejas, tanto exceden
las imitadas colores.
Del Duque Othon un retrato,
con el militar baston,
que fué la ofensa de Othon,
por quien le llamaba ingrato;
pero ya se le figura,
que nunca lo pudo ser:
valgame Dios, qué poder
tuvo siempre la hermosura!
Fed. Llamáronla tiranía
breve con mucha razon.
Trist. Eso las mugeres son
en su breve lozanía.
Fed Gran poder!
Trist. Corre parejas
con el mas alto poder:
brava cosa ser muger,
si no llegáran á viejas.
Mas como al fin les alcanza
tan notable diferiencia,
allí dan su residencia,
allí tomamos venganza,
allí llega el que gastó
su hacienda, y la cobra en risa,
allí el despreciado pisa
la hermosura que adoró!
allí la rosa y jazmin
que el poeta encareció,
seca se muestra, y quedó
solo al serafin el fin:
allí la que á la ventana
por grande favor salia,
haciendo el papel de tia,
vá por la calle entre cana:
allí la cara que intenta
hacer al sol igualdad,
parece rapado Abad,
y mas si engorda á cincuenta.
Pero son tan venturosas,
que quanto la edad declina,
ó tiene hija, ó sobrina
bien prendidas, bien ayrosas,
con que aquella tiranía
se hereda por sucesion.
Fed. Qué cansada relacion,
á quien el alma tenia
colgada de tus razones!
Trist. Es retórico rodeo,
porque con mayor deseo
me escuches.
Fed. Qué de invenciones!
Trist. Digo que Flora salió,
y que me dió mil abrazos;
pero apartóle los brazos;
quién dirás? *Fed.* Pues sélo yo?
Trist. Hazte simple, tu Isabela,
que salió oyendo mi voz,
á abrazarme mas veloz,
que garza, que el halcon vuela.
Cómo piensas que venia?
el cabello en una mano,
y en otra el peine, que en vano
pensaba ser celosia
del sol de sus ojos bellos;
y así como me abrazó,

todo el hombro me vistió
de aquellos ricos despojos.
Celebré mucho el favor,
y el verme, aunque era postiza,
con una muceta riza
de peregrino de amor.
Entraba el sol por la rexa,
como envidioso al soslayo,
que bien diera el menor rayo
por tan hermosa guedeja:
así me llevó al estrado,
preso en tan dulce prision,
que el César con el Tuson
no vá tan bien adornado.
Sentóse, y hizo que Flora
me llegase una almohada;
repliqué, no importa nada,
y sentéme de señora.
Lo primero en que me habló,
fué en tu crueldad, pues no quieres
verla. *Fed.* Propio en mugeres,
no la ví, porque ella vió;
ella fué causa. *Trist.* Es verdad.
Fed. Yo la viera, si no viera:
vió lo que escusar pudiera;
esa sí que fué crueldad.
El Emperador la adora,
porque ella le quiso ver:
competir, no puede ser.
Trist. Un remedio queda ahora.
Fed. Quál?
Trist. El César te ha mandado,
que busques á quien amar,
de que andándola á buscar,
con Isabela has topado,
que como te quiere bien,
podrá ser que liberal
te la dexe. *Fed.* Mayor mal
resultar puede tambien,
pues seria hacer de modo,
si zeloso se enojase,
de que aquí me desterrase,
y será perderlo todo.
Mejor es disimular,
y dexar á la fortuna
mi esperanza, si en alguna
puedo mi remedio hallar.
Pero, en fin, en qué paró
la plática? *Trist.* En un efecto
de amor, que de lo secreto
del alma al rostro salió.
Fed. Cómo? *Trist.* Por ser cosa fria
esto de las perlas ya,
aunque el mar del Sur está
cansado de las que cria,
no digo que las lloró,
pero que lágrimas ví,
tú allá sabrás para tí,
si fueron perlas, ó no.
Fed. Lágrimas? *Trist.* Pude cogerlas.
Fed. Todo me siento abrasar.
Trist. Pues echate en aquel mar,
serás gusano de perlas.
Fed. No me guardarás alguna?
Trist. En esta ropilla están.
Fed. Pues desnúdate, Tristán,
no te ha de quedar ninguna.
Trist. Quedo, señor, que en tu pecho
cayeron, porque él podia
guardarlas solo. *Fed.* Y no ardia
el mio en fuego deshecho?
pero están mas propiamente
en su mismo nacar ahora,
si son perlas de la Aurora,
y no de su luz ausente.
Ay de mí! *Trist.* Quedo, señor,
que el César sale.
Fed. El me mata.

Salen Fabio, Alexandro y Rodulfo con un espejo, y otro con la capa y la espada, el Emperador mirándose.

Emp. Pienso que está bien así,
dadme la capa y la espada.
Fed. Traerán la carroza? *Emp.* No:
aunque la pedí dexadla.
Rod. Quieres que llegue el caballo?
Emp. Ninguna cosa me agrada;
mal estoy conmigo mismo;
si no hay gusto, todo cansa.
Hay nuevas? *Alex.* Muchas, señor.
Emp. En la Corte nunca faltan.
Alex. Hizo la naturaleza,
que engendre su semejanza
todo animal, y en algunos
no puso primera causa,
porque lo es sola la tierra,

los cuerpos muertos, ó el agua.
y así hay nuevas en la Corte,
que la verdad y las cartas
ni las saben, ni las vieron,
y como son engendradas
del viento, en el viento mueren.
Emp. Qué hay de Italia?
Alex. Que la Italia
infesta al Turco *Emp.* Yo creo
que he de darle por Albania
algun mal rato, si puedo.
Qué hay de España?
Alex. No hay de España
cosa nueva, que no es poco.
Venecia, dicen, que trata
cobrar á Chipre. *Emp.* Aquí estás,
Federico? ya te guardas
de servirme?
Fed. No me atrevo,
despues que buscar me mandas
Dama? *Emp.* Pues eso es dificil?
Fed. Si se busca, no se halla.
Emp. Dices bien, porque el amor
viene, quando no le llaman,
que es legitimo accidente,
y la eleccion es bastarda.
Y has hallado alguna? *Fed.* Pienso
que he visto una buena cara,
pero ando recateando,
el dar mas, ó ménos alma.
Emp. Si la merece el sugeto,
dásela toda, qué aguardas?
porque no hay buenos amigos,
si la semejanza falta.
Un entendido con otro
hacen linda consonancia,
dos que una ciencia profesan,
dos que escriben, dos que cantan,
dos que juegan, dos que sirven,
dos que venden, dos que tratan.
Yo amo, cómo te puedo
decir mi amor, si no amas,
porque harás burla de mí?
Fed. Ya, señor, pienso que basta
lo que quiero, para entrar
en tu cámara, que tanta
fuerza tiene tu opinion.
Emp. No has visto hacerse probanza
en los actos de nobleza?
Pues yo quiero se haga
de que ama quien entra aquí,
porque como los que aman
son locos, los que están cuerdos
harán burla de sus ansias,
de sus furias, de sus zelos,
temores, desconfianzas,
alegrias y tristezas;
que los que por otras causas
el entendimiento pierden,
son locos, porque les falta
el juicio, mas en amor,
es porque les falta el alma.
Ya, en fin, amas, que los libros
no estorvan, que si estorváran,
no amára Estela á Platon,
ni sus prendas estimára
con tanta fé; con que no tienes
respuesta. *Fed.* Rindo las armas
á tu opinion. *Emp.* Amor solo
todas las ciencias abraza.
Fed. Amor ha hecho poetas
y pintores de gran fama;
amor es filosofia,
no hay ciencia, que sin amarla
pueda llegar á saberse.
Paréceme, que retratas
las escuelas de Platon,
y que yo te doy la palabra
de amar con tanto furor
y tantos zelos, que salga
un discípulo famoso;
pero mira que me mandas
querer, y que si llegàre
á ser loco por tu causa,
me has de ayudar á volver
en mí, porque fuera vana
la ciencia, si los maestros
solo el amor enseñáran,
y no el remedio de amor.
Emp. Palabra te doy jurada,
por mi laurel de ayudarte,
si llega tu amor á tanta
fuerza, que haya peligro
de perder con la esperanza
ó la vida, ó el juicio.
Fed. Pues esa palabra basta

para que á mi ama sirva.

Emp. Un dia, con avisarla
de que yo la quiero ver,
me has de enseñar á tu Dama,
pues yo te he dicho la mia,
y ahora con mas confianza
quiero que á ver á Isabela
con este título vayas,
que le he dado de Condesa
de Prado, nombre que quadra
á quien tiene tantas flores,
que naturaleza varia
dió ménos á los de Chipre,
quando con pies de esmeraldas
la primavera los pisa,
y la Aurora los esmalta.

Fed. Yo lo haré, señor, así.

Emp. Que hay, Tristan?

Trist. Señor, nada,
si caigo de tu favor,
y mucho, estando en tus gracias.
Preguntóle un caminante
á un labrador, qué llevaba
en una carga, y él dixo,
previniendo la desgracia:
Yo nada, si cae el jumento,
y era de vidrios la carga:
tan sutil es el favor
de las Magestades altas,
y la humana condicion
está sujeta á mudanzas.
Soy jumento de mi amo,
y importa que yo no caiga,
porque no se quiebre y rompa
el vidrio de su privanza:
en fin, los dos vamos juntos.

Emp. Qué donayre!

Trist. Pues me alabas,
no quieres darme otra cosa.

Emp. No es gran premio la alabanza?

Trist. Grande, pero las lisonjas
desvanecen, y no hartan.
Yo soy quien te ha de alabar,
y como no me das nada,
desvanecerme te debo.

Emp. Yo te prometo mañana
una gran cosa.

Trist. Tus pies beso.

Emp. Tú vete, qué aguardas,
Federico, donde digo? *Vase.*

Fed. Buenas van mis esperanzas,
buenos van mis pensamientos,
el César, Tristan, me manda,
llevar favores á quien
á puros zelos me mata.
Título llevo á Isabela
de Condesa.

Trist. En qué te agravia,
si despues viene á ser tuya.

Fed. En una copa dorada no importa
que beba un Rey;
ni que se ciña una espada,
ó que se ponga un vestido,
primero que otro le traiga;
pero una Dama, Tristan,
es materia de honra y fama:
y como dixo un discreto,
la honra tiene dos caras,
ántes que se casen una,
y otra despues que se casan,
y qualquiera de éstas mira
la presente y la pasada.
He tenido por desdicha,
entre muchas que me aguardan,
que esté en frente de palacio
la casa de aquesta ingrata,
pues apenas salgo de él,
quando miro á sus ventanas,
que aunque es echar agua en fuego,
es el fuego de la fragua,
que quanto le matan, mas
levanta mayores llamas.

Trist. Si llora por tí, qué quieres?

Fed. Oh Tristan, que no mirára!..

Trist. Ya lo que sus ojos vieron,
con tantas lágrimas pagan.

Fed. En efecto, voy á verla?

Trist. Y no vas de mala gana.

Fed. Subiendo voy, como quien
miseramente acompañan
por los pasos de su muerte
el cordel y la esperanza. *Vase.*

Salen el Duque, Isabel, y Flora.

Duq. Ya que estás en la Corte, no quisiera

que fueras blanco á pensamientos vanos:
de tanta juventud.

Isab. Los cortesanos
siguen la novedad.

Duq. La vez primera
que en público saliste,
tantas envidias á las Damas diste,
como deseos á galanes locos,
y donde miran muchos, no hablan pocos.

Isab. Yo presumo, señor, á lo que aspiras,
que pienso que eres el que mas me miras.

Duq. Quisiera yo casarte.

Isab. La tema de los padres.

Duq. Mas la vuestra,
como mil veces la experiencia muestra:
y quisiera emplearte
en uno de los grandes Caballeros;
que el César favorece,
porque qualquiera de ellos te merece;
será bueno Rodulfo?

Isab. No me agrada.

Duq Fabio? *Isab.* Tampoco.

Duq. Alexandro? *Isab.* Ménos.

Duq. Pues todos son tan buenos,
y mejores que yo.

Isab. No importa nada
para la inclinacion.

Duq. No te replica.
Osaréte nombrar á Federico?

Isab. Pues tengo de espantarme?
no es como los demás?

Duq. Mas me responde
la color de tu cara sin hablarme,
que tu lengua pudiera.

Isab. Mal esconde *ap.*
el alma un gran amor.

Duq. Qué dices? *Isab.* Digo
que es á quien quiere mas el César.

Duq. Veo,
entre breves razones tu deseo.
Al César hablaré; tu gusto sigo. *Vase.*

Flor. No sé como has hablado
al Duque en Federico de esta suerte,
quando huye de verte.

Isab. Turbóse el corazon, y apresurado
dixo quanto sabia,
sin que supiese yo lo que decia:
confusa estoy, que el César poderoso
á Federico tiene tan zeloso,
que pienso que me olvida.
Oh nunca yo le viera!

Flor. Quién pensara, señora, que pudiera
de una vista quedar tan encendida
la voluntad de Othon.

Isab. Quién sabe, Flora,
que el mas breve placer tarde se llora.

Sale Belardo, escudero.

Bel. Tan mal me amaño al vestido,
que parece que ando armado;
de extremo á extremo he pasado,
allá holgado, aquí fruncido.
Aquí ando de puntillas,
y para dar un recado
quando están en el estrado,
hacenme hincar de rodillas.
Quise como allá en el prado
con una cinta atacarme,
quebróseme por baxarme,
y no pude de turbado
componerme tan aprisa,
aunque ellas con no mirar
se pudieron escusar
de verme con tanta risa.
Yo por echar á correr
aumenté mas sus placeres:
demonios son las mugeres,
que todo lo quieren ver.
Ya se me habia olvidado
un recado que traía:
ya temo la cortesia
con miedo de lo pasado:
quedito la reverencia:
señora, á la puerta están.

Isab. Quién? *Bel.* Federico y Tristan.
mira si les das licencia.

Isab. Qué dices? *Bel.* Que está aquí.

Isab. Federico? *Bel.* El mismo pues.

Isab. Es imposible. *Bel.* No es.

Isab. Veistesle vos? *Bel.* Yo le ví.

Salen Federico y Tristan.

Fed. Que bien haces de dudar
Isabela, que soy yo,
y que quien de aquí salió
pudiese volver á entrar:
no por mí te vengo á hablar,
el Emperador me envia,
que no fué voluntad necia mia;
pues solo el Emperador,
como absoluto señor,
mandarme verte podia.
No juzgues á desvarios
amorosos verte así,
con sus ojos vengo aquí,
que no vengo con los mios:
él me ha prestado estos brios,
él te mira, que yo nó,
mírale en mí, pues te vió,
para que por mí te vea,
que no es posible que sea
yo quien te vé, siendo yo.
Yo no soy quien te queria,
pues vengo á mi amor traydor
á solicitar tu amor
por el César que me envia.
El te quiere y yo solia,
mas que no lo sabe advierte
el alma, pues viene á verte,
que solo encubren mis ojos,
porque con estos enojos
no dexase de quererte.
Otro soy, otro sin vér,
para no sentir que vengo
á verte, pues que no tengo
el ser que me dió tu ser:
por ver, como al fin muger,
en tal peligro me veo,
que por no verte, rodeo
yo mismo dentro de mí
las leguas, que hay desde tí,
á lo que verte deseo.
Isab. Por qué con tanto rigor
me miras y no me ves,
si arrepentida despues
sabes que lloré mi error?
ó qué falso fué tu amor,
si puedo darle este nombre!
y como es justo que asombre
la diferiencia en los dos
pues lo que enternece á Dios
no puede mover á un hombre!
ver y mirar no has sabido
como diferentes son?
porque el mirar es accion,
y el ver es solo sentido:
pues de qué estas ofendido,
si el ver no puedes culpar?
que es mal hecho castigar
los ojos de una muger,
quando sale solo á ver
sin ánimo de mirar.
Pero sino quieres verme
porque yo ví tus enojos,
paguen llorando mis ojos
hasta cegarme y perderme:
verme y no verme, es ponerme
en ocasion de matarme:
tú no quieres perdonarme,
y yo pienso con morirme
hacer que me llores firme,
quando no puedas mirarme.
Fed. Hay una fiera que tiene
rostro humano, y esta llora
como muger, y traidora
los que caminan detiene,
y al que enternecido viene,
le suele despedazar:
vase á una fuente á lavar,
y como su rostro mira
como él que mató, suspira,
y loca se arroja al mar.
Así tú, que me mataste
como á el espejo te viste,
y la traycion conociste,
que en tu semejanza hallaste,
viendo que es el que mataste
el mismo de quien tenias
el alma, que no sabias,
querer echarte en el mar
de tus lágrimas, y dar
triste principio á las mias.
Ya es tarde para no ver
lo que viste, ya por mí
sucedió lo que temí,
ni puede dexar de ser:
sujetó Dios la muger

al hombre, mas causa enojos
ver, que para ver antojos,
parece ya que lo ha sido,
que lo sacó de partido
la libertad de los ojos.
Vive tú, para que Othon
viva, que á el imperio importa,
y en esta merced reporta
tus lágrimas, si los son;
baste por satisfaccion
mi desdicha y tu porfia,
vive tú, que si este dia
á los dos nos dividió,
no quiero deberte yo
tu muerte sino la mia.
Este título contiene
que eres Condesa del Prado,
villa que el César te ha dado,
con otras muchas que tiene:
mira Isabela á qué viene
Federico puesta en calma
la vida que me desalma;
pero puédote afirmar,
que no te ha dado lugar,
como el que te dí en el alma.
ab. Si mas que letras tuviera,
este título ciudades,
para mis firmes verdades,
ménos que un átomo fuera,
y que vienes considera,
cosa que amor te defiende,
aunque el César la pretende,
si me has de vender así,
á poner cédula en mí,
como en casa que se vende.
Flor. El César, señora. *Isab.* Quién?
Flor. El Emperador. *Isab.* El mismo?
Trist. Con solo Alexandro viene.
Fed. Retirarme es desvario.
Isab. Yo me holgaré de que veas
mi verdad. *Fed.* Yo te suplico
por los años de mi amor,
de mis deseos los siglos,
la eternidad de mi fé,
lo inmortal de mis suspiros,
que sepas disimular,
que es hombre tan entendido,
que con qualquiera sospecha
hará de mi amor juicio,
y es tan soldado y tan hombre,
que está mi vida en peligro.
Sale el Emperador y Alexandro que se vuelve.
Emp. Quédate afuera Alexandro.
Esta fineza no ha sido,
Condesa, de poco amor.
Isab. Es tan grande que remito
al silencio lo que callo,
y á la verdad lo que digo.
Esta silla habia de ser (*llegale lasilla*
de mil mundos, y este un rico
dosel de estrellas del cielo.
Emp. Sentaos, señora conmigo,
y será del mismo sol.
Isab. Quando dá el sol en un vidrio
resulta dél otro sol,
y así siendo vos sol vivo,
lo soy yo porque os retrato,
pero no soy el sol mismo.
Emp. Al contrario está mejor,
pues yo soy el que recibo
lós rayos de vuestra luz,
que resulta en Federico,
en Tristan, en Flora, y vos
quién sois? *Bel.* No me ha conocido
Belardo, señor, á quien
dió su merced el anillo,
quando andaba por el monte,
sino que me han vestido
estas bragas que se acuerdan
del tiempo del Rey Perico,
y esta gorra que parece
suelo de pastel hechizo.
Isab. Beso á vuestra magestad
la mano, Príncipe invicto,
por el título y las villas.
Fed. Y á el traerle no le quiso;
qué te parece Tristan?
Trist. Que habrá aquí grande artificio
mira, toma y despues llora.
Emp. Señora, es principio
que introduce solamente
la voluntad de serviros.
Estoy tal despues que os ví,
que no pienso, ni imagino
cosa que en amor no sea:

de amor son hasta los libros
que leo, si bien soy yo
el arte de amar de Ovidio,
he hecho que mi aposento
esté todo guarnecido
de fábulas, y he mandado
que no haya criado mio
sin amor, tanto que ya
hice amar á Federico,
que por mí ha buscado dama,
y esta mañana me dixo
señas de su buena cara,
lo que de su gusto fio,
aunque el amor ha de ser
á gusto del dueño mismo,
y que la quiere en extremo,
aunque ha poco que la ha visto,
y que me la ha de enseñar.

Isab. Pues yo siempre le he tenido
por galan. *Emp.* El me ha jurado
que á nadie en su vida quiso
si no es en esta ocasion:
no es esto así Federico?

Fed. Nunca, señor, quise tanto,
pero estoy medio reñido
con mi dama. *Emp.* serán zelos.

Fed. Tengo el mayor enemigo
que pudo hallar mi desdicha,
discreto, galan, altivo,
soldado en fin, con las prendas
que reconozco y envidio.

Emp. No lo creas, que los zelos
hacen discretos y lindos
á muchos, que no lo son,
porque es del temor oficio,
hacer las cosas mayores,
y así te habrá sucedido.
Tú tienes prendas amables,
gentil talle, buen juicio,
discrecion, gracia, donayre,
no hay fiesta ni regocijo,
que no te lleves los ojos
de la corte: y así digo
que aun yo, con ser lo que soy,
no compitiera contigo,
solo á mi tener pudieras:
porque en la mano me pinto
con el mundo, que si no
del mundo abaxo te rindo
el talle, el entendimiento.

Fed Mil veces los pies te pido.

Emp. Es un sugeto Isabela,
Federico, que yo estimo,
como á mi propia persona;
una falta he conocido
sola en él, que es no querer;
con que todo quanto he dicho
hecha á perder su tibieza.

Isab. En eso se contradixo
vuestra magestad, pues dice
que ya tiene dama. *Emp.* Ha sido
este pensamiento en él
despues que del monte vino.

Trist. Oyes aquello? *Fed.* Estoy loco,
pues lo que de burlas dixo
al César por cumplimiento,
con tantas veras lo ha dicho.

Trist. Isabela disimula,
mas bien se vé que ha sentido
los zelos en la inquietud,
y en que ya los tiene escritos
en las rosas de la cara.

Fed. Tú veras que el desatino
me cuesta mas de un pesar.

Trist. Quanto es el amor mas limpio,
mas se mancha con los zelos.

Fed. Todo este necio peligro
nació de querer mirar.

Trist. Pues hubiera parayso
de los ojos sino viera
aqueste animal divino?
hubiera criado el cielo,
del mar español á el indio,
cosa mas bella y mas linda,
para las almas hechizo,
como una muger hermosa
desde quince á veinte y cinco,
si no deseára ver?

Fed. Llévame á mí por testigo
de esa verdad, y verás
si lo que dices confirmo.

Emp. Este diamante en razon
de su fineza apetece
vuestra mano, si merece
tanto favor mi aficion;
pero ha de ser condicion

que os le tengo de poner.

Fed. Si ella se dexa vencer
de lo que el César la pide,
con dura venganza mide
sus zelos, pero es muger.

Isab. En obedeceros gano
una merced y un favor,
dadme el diamante, señor,
y ponerle en vuestra mano;
á un Príncipe soberano,
siendo el anillo prision,
reconozco sujecion.

Emp. No hay en amor magestad.

Fed. Quitas el guante? *Emp.* Mostrad
el dedo del corazon.

Trist. De eso señor no te espantes,
que hay muger que se quitára
un zapato, si se usára traer
en los pies diamantes.

Emp. Ahora sí que estos guantes
se llamarán de jazmines.

Trist. Señor no te desatines.

Fed. Mal pensaron mis engaños,
que principios tan extraños
tuviesen mejores fines.

Emp. Dos señas haciendo estoy
con vos, Isabela, aquí,
que me deis el guante á mí,
por el anillo que os doy.

Isab. Dichosa en las ferias soy.

Fed. Y yo soy tan desdichado,
que en las ferias me á tocado
parte, aunque no del diamante,
pues lleva el César el guante,
y yo llevo lo picado.

Emp. Con este favor, pues gano,
me levanto. (*Levantase.*

Fed. Y yo me asiento
en el mas grave tormento
que dió á preso juez tirano.

Emp. Perdonad que vuestra mano
quede sin guante, mas rico
os le traerá Federico,
pero no de mas valor.

Fed. Asentóme el guante amor,
era Dios, no le replico.
Mano hermosa y desleal,
rompan tu cristal los cielos,
vengar pudieras tus zelos,
pero no con tanto mal.

Emp. Federico? *Fed.* Estoy mortal.

Emp. Acuerdame este favor.

Fed. No le olvidaré, señor.

Isab. Que bien salió mi venganza.

Fed. Cómo se fué mi esperanza
si se ha quedado mi amor?

Entra el Duque Octavio con Fabio, Rodulfo y Alexandro.

Isab. Mi padre viene. *Duq.* No puedo
pagar, señor, con palabras
tanta merced, tanto honor;
honren vuestros pies mis canas,
será el favor de este dia
mayorazgo de mi casa,
alto blason de sus puertas
timbre de sus nobles armas:
hanme dicho que habeis dado
despues de mercedes tantas,
título y tierra á Isabel,
con que ya puedo casarla,
porque de mi pobre hacienda
no le quedaba esperanza,
respecto de tantas guerras:
de suerte que solo falta
que le deis tambien marido,
con que á mi vejez cansada,
dareis vida y succesion.

Emp. Duque, no vengo sin causa,
vuestro descanso deseo,
los que ahora os acompañan
son de mi casa lo noble,
y lo mejor de Alemania:
haga eleccion Isabela
de quien de todos le agrada
que desde aquí la confirmo.

Trist. Brava ocasion! hoy te casas.

Fed. No sé, Tristan, mucho temo
el suceso, porque andan
encontradas estos dias
mi fortuna y mi esperanza.

Emp. No tomais resolucion?

Duq. Señor, Isabela calla
con razon, de su silencio
seré intérprete si mandas;
Favio, Alexandro y Rodulfo
son el honor de su patria,

finalmente, invicto César,
digo que en qualquiera estaba
bien empleada Isabela;
pero el tener en tu gracia
tantas prendas Federico,
me obliga á pedir que hagas
á los tres esta merced.

Emp. Por mí no puedo escusarla:
qué respondes, Isabela?

Isab. Que mis méritos no alcanzan
á los que tiene persona
que mereció tu privanza;
y fuera de esto, señor,
Federico tiene Dama
que quiere, como tú sabes,
y ningun hombre se casa
enamorado de otra,
de olvidar en confianza,
que no se vuelva á su gusto.

Emp. Octavio, aquí no hay forzala:
tratemos esto despacio,
y venidme á verme mañana.

Vase, y todos con él, y quedan Federico, Tristan, Isabela y Flora.

Fed. No sé cómo pueda hablarte.

Isab. Ni yo mirarte á la cara.

Fed. Estas las lágrimas eran,
mas sí serán, si eran falsas;
vés como yo te decia,
que si liviana mirabas,
era fuerza que despues
salieses tambien liviana?

Isab. En qué liviandad me has visto?

Fed. Darle la mano á un hombre,
no basta, aunque César sea,
y Emperador de Alemania,
en mis ojos, y sin esto,
con resolucion tan clara,
quando ya tomaba puerto
la nave de mi esperanza,
volverla con tal desprecio
al golfo donde no aguarda
mas remedio que la muerte?

Isab. O Federico, que hablas
con zelos del César, vete
á llevar esas palabras
á la Dama que le enseñas,
que no es poca confianza
de su gracia y hermosura.

Fed. Tú te engañas, y él se engaña,
mientes tú, y el César miente,
porque ni yo tengo dama,
ni ha sido mas que engañarle,
el decir que la buscaba;
pero ya que le dixiste,
tomando tan fria causa,
que no era yo para tí,
bien se vé que le agradabas,
y por hacerle lisonja,
(si con esperanzas vanas
te sueñas Emperatriz,
mas que compuesta, bizarra)
me despreciaste, y así
prometo al cielo, que quantas
veces oyere tu nombre,
ó pasáre por tu casa,
ó viere criado tuyo,
ó retrato, prenda ó carta,
tantas maldiga el amor
que te tuve, y si me trata
el alma de tí en mi vida,
tengo de sacarme el alma.

Isab. Paso, Federico, paso,
y guárdese quien agravia
á muger, aunque le adore,
porque ha de tomar venganza.
No quiero al César, ni quiero
riquezas, solo estimaba
tu amor, fuisteme traidor,
aquí mi amor se remata;
no porque le compre Othon
con diamantes, que son baxas
todas las piedras del mundo, en comparacion de un alma.
toma, Tristan, ese anillo.

Trist. Para qué? *Isab.* Para que vayas
á venderle para tí.

Trist. Señora....

Isab. No hables palabra:
tu, Flora, cierra desde hoy
celosias y ventanas,
no entre el sol por lo que tiene
con el César semejanza
por Emperador de estrellas.

Flor. Señora, por qué le tratas
á Federico tan mal?

Isab. Calla necia.

Flor. Escucha. *Isab.* Calla.
Fed. O ingrata, que no te creo.
Isab. Allá verás lo que pasan.
Fed. Si me matáres no importa,
con tu hermosura me matas,
Isab. Ojala fuera beleño.
Fed. Qué mas, que muero de rabia?
Isab. Quisiera ser basilisco.
Fed. Yo quien primero mirára.
Isab. Matarme querias? *Fed*. Sí,
y sacar con esta daga
los ojos, porque no vieras.
Isab. Yo sé quando los llamabas
estrellas. *Fed*. Ya son infiernos,
despues que miran y engañan.
Isab. Envíame mis papeles.
Fed. Bueno fuera que guardára
mentiras. *Isab*. Verdades eran.
Fed. Como tus palabras falsas.
Isab Ah traidora! *Fed*. Ah fiera!
Isab. Ah loco!
Fed. Ah injusto! *Isab*. Ah tirano!
Fed. Ah ingrata!
Isab. Yo me vengaré de tí.
Fed. Con los muertos no hay venganza.

JORNADA TERCERA.

Salen el Emperador, Federico, *Tristan y Alexandro.*

Fed. Todo está á punto, como tú mandaste.
Emp. Parécete presente, Federico,
digno de un César?
Fed. Tú le imaginaste
admirable, galan, curioso y rico.
Emp. Si yo pudiera hacer al guante engaste,
no de las piedras que al presente aplico,
sino de las estrellas de los cielos,
rotos dexára sus azules velos.
Oh mano de cristal! qué nieve pura
en las cumbres del alto pirineo
mas intacta se vió? pues fuera obscura
con los marfiles que en tus manos veo;
un diamante q̃ puse en tu hermosura,
siendo el vencido yo, seré trofeo
de mi victoria, que en amor ha sido
siempre el mas vencedor el mas vencido.
Si todo el ambar de la mar espuma,
si todo aquel metal, donde retrata
su rostro el sol, ó la luciente luna,
que da cabellos á la sierra en plata;
si aquella fenix de purpúrea pluma
y todas quantas lágrimas dilata
entre dorados nácares la Aurora,
que llora risa quando flores dora;
si quanta grana el Tiro, y seda el Persa,
y el Chino joyas de diamantes y oro;
si aquella perla union lustrosa y tersa,
que de Cleopatra fué mayor tesoro,
si toda la riqueza que la adversa
fortuna sepultó del Indio al Moro,
en las arenas de la mar truxera
para servirte precio humilde fuera.
Fed. Quien esto escucha, y esperanza tiene,
alabe su locura por estraña. *ap.*
Trist. Señor, dexar la empresa te conviene,
que seguir lo imposible no es hazaña.
Fed. Ver á Isabela siento.
Trist. Antes previene
tu remedio, si así te desengaña.
Fed. No pienso hablar dos palabras.
Trist. Mira
que es la mayor señal de amor la ira. *Vanse.*
Emp. Movióse entre filósofos de Grecia
qüestion controvertida, quál sería
la riqueza mayor, que ser podía,
de las que el hombre humanamente precia;
si el oro, aunque hay virtud que le desprecia,
la fama, la salud, la monarquía;
y díxoles Platon, porque tenia
la facil duda por diosa y necia;
dexando los antiguos pareceres,
escuela ilustre, porque no te asombres,

si á el apetito la razon prefieres,
para laurel de tus gloriosos nombres,
la hermosura y la fama en las mugeres
es la mayor riqueza de los hombres.
Alex. Con poco gusto, señor,
Federico te obedece
en regalar á Isabela.
Emp. Por qué Alexandro no tiene
despues que yo le advertí,
la condicion diferente?
en qué díme la virtud
y los estudios ofende
amor, pues puede una dama
honestamente quererse?
No siempre la caza agrada,
y con relámpago breve
dar al javalí cerdoso
rayo de plomo la muerte:
no siempre jugar las armas,
no siempre el bridon valiente
hacer sudar con la vara,
desde el codonal copete.
El descanso de los hombres
ó labradores ó Reyes,
fué siempre la compañia
de las honestas mugeres:
y yo sé que Federico
ya lo conoce, y ya quiere.
Alex. Bien dices, que quiere ya,
pues Octavio le pretende
para esposo de Isabela:
y admira el ver que no adviertes
la tristeza con que vive.
Emp. Mucho Alexandro te duele
ver que no te quiso Octavio.
Alex. Antes, señor, que supiese
que tú amabas á Isabela,
pudiera Octavio ofenderme.
Emp. Federico tiene dama,
y no es posible que piense,
queriendo á Isabela yo,
en que Octavio le prefiere
á los nobles que me sirven.
Alex. Dama señor? si él tuviere
dama, fuera de Isabela,
yo quiero... *Emp.* Envidia te mueve,
pues enseñarme su dama
esta noche me promete,
y ya la tiene advertida.
Alex. Señor, engañarme puede
la lealtad, que no la envidia,
que yo. *Emp.* Federico vuelve...
Salen Federico y Tristan.
Fed. Bañando, señor invicto,
en pura rosa la nieve,
donde amor tiembla de frio,
con ser elemento ardiente,
recibió tus ricas joyas
Isabela, y con dos breves
razones me respondió;
la primera que agradece
tanta merced; la segunda
que es tu esclava, en que resuelve
quanto puedes desear.
Emp. Tan buenas nuevas merecen
premio, mas quiero guardarle
y que esta noche me lleves
á ver tu dama, que á ella
se le quiero dar, y hacerte
está lisonja. *Fed.* Serán
en una muchas mercedes.
Emp. Ven á desnudarme, y vamos
donde tu buen gusto apruebe,
que dar parte á los amigos
hace mayores los bienes. *Vase.*
Fed. Qué gran confusion Tristan!
Trist. A donde yo estoy qué temes?
yo te sacaré de todo.
Fed. Si ver á mi dama quiere,
mire á Isabela, si ya
tiene dama quien la pierde.
Trist. Yo he prevenido á Fenisa,
y seguramente puede
entrar el Emperador;
la sala un jardin parece,
bravo estrado, suelo turco,
escritorios y bufetes,
pastilla de quatro calles,
y por dueñas quatro sierpes.
Fed. Triste voy, no me verás,
Tristan, en tu vida alegre. *Vanse.*
Salen el Duque, Octavio y Belardo.
Oct. Aquel no era Federico?
Bel. Y su escudero Tristan.

Oct. Basta, Alexandro galan,
que por mas que significo
al César lo que deseo
el remedio de Isabela,
no es posible que se duela
de la edad en que me veo.
A hablarle vengo. *Bel.* Es muy tarde,
y pienso que vá secreto
á cierta visita. *Oct.* Inquieto,
suspenso, triste y cobarde
me tiene la dilacion
del tratado casamiento:
ya Belardo me arrepiento,
y no con poca razon,
de haber venido á la corte.
Bel. Bien estabas en tu aldea.
Oct. Quien esta inquietud desea,
su vida en la corte acorte.
Ayres me han dado, que Othon
impide, y no favorece
lo que Isabela merece,
ó ha sido imaginacion.
Mas quisiera mi destierro,
con quietud, que aquí salud.
Bel. Ah señor, que esta inquietud
mas es que de oro de yerro.
Bien estabamos allá.
Oct. Quando estas grandezas miro,
por mi soledad suspiro.
Bel. Pues dexarlas. *Oct.* Tarde es ya.
¡Quánto mejor arrojado,
Belardo, en el verde suelo
miraba el sereno cielo
libre de tanto cuidado!
allí sin ver ceños graves
que la autoridad enseña,
via baxar de una peña
el agua á el son de las aves:
ya vine, mas de importancia,
que la queja, es la paciencia.
Bel. Qué puede á tanta prudencia
decir mi ruda ignorancia?
Oct: El César, Belardo crea,
que á Isabela ha de casar,
ó vuélvame á desterrar,
que yo lo soy en mi aldea. *Vanse.*
Sale el Emperador, Federico, Tristan, Fabio y Rodulfo de noche.
Emp. Muriendome voy de risa.
Fed. Y yo de pena, señor,
de ver el poco favor
que has hecho á doña Fenisa.
No has entrado y ya te vás?
Trist. Por Dios que tiene razon,
que fué terrible vision.
Emp. De esto enamorado estás?
esto me traxiste á ver?
Fed. Que es mi luz te certifico.
Emp. Es posible Federico,
que quieres bien tal muger?
Rod. Harto desvié las velas
por encubrir su figura.
Fed. ¿Piensas, señor, por ventura,
que son todas Isabelas?
Emp. ¡Jesus qué cara! espantado
vengo de ver tal vision.
Trist. Pues á fé que hay un varon,
á quien le cuesta cuidado.
Emp. Menester es que lo sea
para muger semejante,
porque mas varon que amante,
quando la gozé, la vea.
Fenisa es su nombre en fin?
no debe de ser eterno,
si hay Phenix en el infierno.
Fed. Para mí fué Seraphin.
Emp. Quién te enseñó tal muger?
Fed. Tristan. *Emp.* ¡Qué cosa tan suya!
dasela por vida tuya,
y no la vuelvas á ver.
Fed. Retratarla presumia,
y por tí mudo intencion.
Emp. Bien puedes con un carbon.
Trist. Qué dixeras de la mia?
Emp. Enseñamela tambien,
y diréte la verdad.
Trist. Si esto llamaste fealdad,
no ha de parecerte bien;
mas mostraréte un retrato
suyo. *Emp.* Muestra. *Trist.* En verso es.
Emp. Dile, á ver. *Trist.* Escucha, pues.
Admírome quando veo
lo que ha menester qualquiera
oficio o arte en su esfera,
para exercitar su empleo,

y las Musas soberanas
lo poco que han menester.
Emp. Pues bien, Tristan, qué ha de ser?
Trist. Papel y tinta y mañanas.
Emp. No libros, no ciencias? *Trist.* Sí,
y algun poco de humildad,
que es locura y necedad
alabarse un hombre así.
Pero escucha el retrato
del bien que adoro,
que á Tristan favorece
por no hallar otro.
Tres peregrinas calvas
su gracia aumentan,
una tiene en el pelo,
dos en las zejas.
Sus ojuelos azules,
son tan serenos,
que me dá romadizo
de solo verlos.
Su nariz, que del rostro
los campos parte,
afilada parece
xabon de sastre.
No son pues sus mexillas
color de Tiro,
pero fueron de España
papeles finos.
Sin claveles ni rosas
tal boca tiene,
que parece cachorro
de quatro meses.
Un lunar noguereado
tiene por orla,
que quantos se le miran
piensan que es mosca.
De apartados los dientes
piden divorcio,
que no quieren morderse
unos á otros.
Solo tiene una gracia
la boca bella,
que pidiendo ó comiendo
jamas se cierra.
Nunca acierto los puntos
de su zapato,
porque calza catorce
pidiendo quatro.
De ser bella le viene
ser tan vellosa,
que sin ser hermitaña
la cubre toda.
El que sea entendida
no es testimonio,
porque quando dá voces
la entienden todos.
Nunca sale de casa
sino hay carroza,
porque tiene una pierna
mas larga que otra.
Mas con todas las faltas
que aquí refiero,
algo tiene que callo,
pues que la quiero.
Emp. Lindamente la has pintado;
la de Federico pinta,
y darete para tinta.
Trist. Soy buen pintor? *Emp.* Extremado.
Mañana te doy. *Trist.* Te doy?
siempre esta mañana es vana,
no habrá dia con mañana,
si siempre mañana es hoy.
Tu grandeza soberana
pierde en hacer esperar,
que es madrugar á no dar,
prometer para mañana.
Si ama Dios á quien dá el bien
alegremente señor,
imita á Dios, que es rigor
dar tarde, aunque el mundo den.
Emp. Quítame aquesta cadena.
Trist. Escuchaba un labrador
á un papagayo hablador
que estaba con linda vena
de una dama á la ventana,
diciendo aquesto de loro,
cómo estas? y el perro moro,
con su media lengua indiana;
y dixo á la dama: Quien
éste á su tierra llevára
brabo dinero ganára:
la dama sabiendo bien
la condicion del buen loro,
dixo: hareisme gran placer
en llevar, por no ver

tanto loro y tanto moro
que me quiebra la cabeza:
y como alargó la mano
para tomarle el villano,
con notable ligereza
convertido el pico en rayo,
tal lancetada le dió,
que muchos dias lloró
el canto del papagayo.
Emp. Pues yo habia de burlarte?
temo, y pues la rexa es esta
de Isabela, llega y llama.
Trist. Podrá ser señor, que duerma.
Emp. Bien podrá ser, y tambien
podrá ser que esté despierta,
llega Federico tú.
Fed. En qué pasos, en qué penas
traen mi amor mis desdichas,
y mis desdichas mis quejas!
O rexa no me respondes?
Flora á una rexa baxa.
Flor. Es Federico! *Fed.* Qué rexa.
tan piadosa! *Flor.* Pues qué quieres?
Fed. Dirásle, Flora á Isabela, (*Vas.*
que está aquí el César. *Flo.* Yo voy.
Fed. Pensé que me respondiera
que era imposible salir,
y respondió voy por ella.
Ah cielos! quien esto mira
con tanto amor, sino es piedra
qué piensa de sus agravios?
mas no es posible que piensa:
llegue vuestra Magestad.
Sale Isabela á la rexa.
Emp. Como las aves despiertan
á los celages del alva,
quando con piès de azuzenas
de los orientales montes
baxa á las obscuras selvas:
así yo del triste sueño
de vuestra ausencia, Isabela,
despierto y como ellas cantan,
y el verle salir celebran,
doy gracias á vuestros ojos,
de cuya divina esfera
toman luz mis esperanzas
y mis cuidados se alientan.
Isab. Bien templado de requiebros
y comparaciones tiernas
viene vuestra Magestad,
á las horas mas suspensas
del silencio de la noche.
Habrále dado materia
para tan altos conceptos
alguna dama discreta
de las que en la calle ahora
de lo bien dicho se precian.
Emp. Antes si con vos, señora,
decir necedades fuera
posible, me la habia dado
la muger mas necia y fea,
que pienso que hay en el mundo,
pues tengo por cosa cierta,
que de haberla hecho, está
corrida naturaleza.
Isab. Fea y necia en tanto extremo,
y fuísteis, señor, á verla?
Emp. Es dama de Federico,
que no pensé que tuviera
tan mal gusto: vengo muerto
de risa. *Isab.* No es cosa nueva
gozar de los mas galanes,
señor, las mugeres feas,
y los feos las hermosas.
Emp. Dices bien, siempre se truecan:
qué cosa es ver un marido
feo con una muger bella
que todas se la codician?
yo pienso que esta influencia
dió á entender la antigüedad,
quando casó la belleza
de Venus con la fealdad
de Vulcano, en competencia
del sol, por quien sucedió
el hacerle Marte afrenta
con tal risa de los Dioses.
Isab. Quién á Federico diera
vaya! llamarle qué quiero
correrle. *Emp.* Tendrá vergüenza.
Ah Federico? *Fed.* Señor?
Emp. Hele contado á Isabela,
que vengo de ver tu dama.
Fed. Diríasla, cosa es cierta,
mi mal gusto. *Isab.* No me admiro
Federico, de que quieras
muger fea, porque suelen

ser graciosas y discretas:
pero necia, no es posible
que tu entendimiento pueda
sufrir tan grande tormento,
que por el mayor se cuenta.
En esto para tu gusto,
tu melindre, tu lindeza,
tu gala, tu aseo, tu gracia?
tu olor, tu pluma, tu lengua?
Asco tendré de mirarte
de aquí adelante. *Fed.* No entiendas
que soy en esto culpado,
que como es cosa tan nueva
para mí tratar de amor,
presumí que todas eran
mugeres, y merecian
amor que naturaleza:
si las feas para feos
hicieran sin que tuvieran
á las hermosas accion,
en poco tiempo vinieran
á tanta fealdad el mundo,
á que resultára en su mengua.
Y así está puesto en razon,
que haciendo discreta mezcla
de los feos y las lindas,
de los lindos y las feas,
ni todo sea fealdad,
ni todo hermosura sea:

Emp. Bien dice. *Isab.* No dice bien,
que si fuera así, no hiciera
los negros en Etiopia.
que tanto se diferiencian
de los blancos. *Fed.* Pues por eso
vemos, que la mezcla enmienda
lo negro, y á pocos lances
hace que en blanco se vuelva.

Isab. De lástima os quiero dar.
dama, que mostreis á el César
sin vergüenza. *Fed.* No la quiero.
guardarla para quien tenga
mas dicha, que yo he buscado
muger, que nadie apetezca.
Que si es fuerza que ellas miren,
y poderosos las vean,
fea la quiero y segura,
que no hay fea que no tenga
algo por qué ser querida,
ni hermosa sin ser soberbia.
Esta manda, aquella sirve,
ésta pide, aquella ruega,
una regala, otro agravia,
una quiere, otra desdeña.
Dios me ayude con mi dama,
que el trato y correspondencia
hace hermoso lo mas feo.

Isab. ¡Qué cosa, señor, tan necia!
mande vuestra magestad,
que no solo de la reja,
mas de la calle se vayan.

Emp. Vete, y por Dios que me pesa
de que vayas enojado:
vete, pues conmigo quedan
Fabio y Rodulfo. *Fed.* Señores,
que me vaya manda el César,
obedezco. Ven Tristan. (vas

Trist. ¿Qué tenemos? *Fed.* Cosas nue-
muy propias de mi fortuna,

Trist. Temo que en esta tormenta
se ha de anegar tu privanza.

Fed. Si ya lo está, no lo temas. *vanse.*

Isab. Qué propia cosa, qué cierta es,
que no hay hombre tan sabio
y discreto, que no tenga
alguna falta notable.

Emp. Quando los discretos yerran,
no iguala á su necedad
la del mas necio. *Isab.* Ya suena
gente en casa y viene el dia,
no es justo que se detenga
aquí vuestra Magestad.

Emp. No hay en el imperio fuerza
para dilatar la noche.
El cielo os guarde. *Isab.* Quisiera
responder, para serviros,
y como es precisa deuda,
no viene á ser cortesía. *Vase.*

Emp. ¿Qué hay, caballeros? *Rod.* Que
por los amantes el tiempo (vuela
con notable ligereza:
¿no habrás sentido las horas?

Emp. La mas graciosa pendiencia
han tenido en la ventana
Federico y Isabela
por la fealdad de su dama,
que ví en mi vida. *Rod.* Es discreta.

Emp. Tuvole perdido: vamos,
que no es justo que amanezca
en tales pasos el sol
á la Magestad suprema. *Vanse.*
Salen Federico y Tristan.
Fed. Tristan, yo vengo muerto.
Trist. No permitas
tanta rienda á el dolor. *Fed.* No es en
mi mano
Trist. Al César soberano
contra tí solicitas.
Fed. Quando yo tengo de perder la vida,
¿qué importa la privanza, ó la caida?
¿no escuchaste, Tristan, las libertades
de Isabela conmigo? *Trist.* Tù le
la causa; pues quisiste (diste
hacer necias verdades
las mentiras, y engaños de Fenisa,
y con tanta fealdad moverle á risa.
Fed. Dos cosas intenté, de entrambas
con mostrarle, Tristan, muger (muero,
hacer que el César crea, (tan fea,
que en otra parte quiero,
y que Isabela no se persuadiese,
que la pude querer, si lo supiese:
¿pero quien sospechára, quien dixera,
que de verla venia? qué disculpa
daré de tanta culpa?
O quien ¡hay Dios! pudiera,
como quiso, olvidar, ¡mas hay cielos,
que es accidente amor, y olvido zelos!
Trist. Descansa de la noche que haspa-
Fed. No puedo, que aun esnoche (sado,
que no amanece el dia, (todavia,
á quien es desdichado,
pues no es posible, que su lumbre vean
los ojos que no ven lo que desean.
Sale un Page.
Page. El villano de Isabela,
que se convirtió á escudero,
quiere hablarte. *Fed.* Y o no quiero,
por lo que el alma recela,
escucharle, ni aun saber
que se acuerde que nací.
Sale Belardo
Page. Pues ya ha entrado. *Bel.* ¿Para mí?
licencias son menester?
Solia su señoría,
hacerme á mí mas favor,
pero en cesando el amor,
se acaba la cortesía:
casa y criados enfadan,
en sucediendo el desden,
que quando se quiere bien,
hasta los perros agradan.
Yo os ví abrazar un lebrel
del Duque, y ahora á mí
aun no me hablais: pues aquí
os traigo cierto papel,
que fuera de oro algun dia.
Fed. Los que me dió pedirá,
mostrar. *Belar.* ¿Luego no me dá
albricias su señoría?
Fed. ¿Pues yo qué dichas aguardo?
¡Hay tristan! llegate acá,
Belar. Bien me dixeron allá,
¿é la corte vais Belardo?
los cortesanos harán
rica la pobreza vuestra,
ya son reloxes de muestra,
que señalan, y no dan.
Lee Fed. Perro. *Trist.* ¿Perro dice?
Fed. Sí.
Belar. Mira que pero dirá.
Belar. Si con dos erres está
¿qué quieres? *Trist.* ¡Pues perro á tí?
Lee Fed. Perro el de la dama fea,
aunque esto fuera venganza
para mi loca esperanza,
no quiere amor que lo sea:
dos cosas dice de amor, que
aquí pueden remediarme.
Trist. ¿De qué te burlas?
Lee Fed. Matarme,
ó darme á el Emperador,
y así despues de llorar
el ver que sin honra muero,
ser suya esta noche quiero,
porque me quiero vengar.
¡Jesus! *Belar.* San Pablo, San Lucas.
Caese Belardo.
Fed. No era mi sospecha en vano,
esto tragiste, villano,
traidor. *Bel.* Et ne nos inducas.
Fed. Matale. *Trist.* Detente señor.
la furia. *Bel.* Teale, Tristan,

San Cosme, San Preste Juan.
Trist. Este pobre labrador,
¿qué culpa tiene, si viene?
á traer lo que le dan?
Bel. Quien me quitó mi gaban,
en malos infiernos pene:
las bragas pues valen tanto,
que segun me vengo á ver,
temo que me han de poner,
por Judas un juévessanto.
Fed. ¿Perro el de la dama fea!
¿pues, Isabela, tú eres
fea? y que yo quiera quieres
cosa que tuya no sea?
Tú sola vivesen mí,
tu hermosura, tu valor,
que aun es hermoso mi amor,
porque se transforma en tí;
dió tu rostro celestial
cuidado á naturaleza,
porque sacó tu belleza
de su belleza ideal:
¿pue por qué tanta hermosura
me trata con tal rigor?
Trist. Sosiega, escucha, señor.
Fed. El alma no está segura,
que un hombre tan desdichado
aun alma no ha menester,
porque tener alma es ser,
y no siendo, nohay cuidado.
¿Esta noche? pues tan presto?
¿pues sin mas informacion?
Trist. Señor, ten mas atencion
al lugar en que te ha puesto
el César. *Fed.* ¿Muger tan bella,
una dama, una doncella,
hace á su amor tanto agravio?
¿La hija del Duque Octavio
se entrega al Emperador?
la que tuvo tanto amor
é Federico? y que ayer
se llamaba mi muger,
hoy hace tal desatino?
si es angel, cielo divino,
de vuestro imperio arrojaldo.
Bel. Dele unos tragos de caldo,
así Dios, te guarde Tristan.
Fed. Fuiste en matarme cobarde,
y en infamarte animosa:
Campos llorad por la rosa,
que se marchita de zelos:
llorad por la Aurora, cielos,
que llena de sombra está:
fuentes no corrais, que ya
se ha vuelto en llanto la risa,
ó para correr aprisa
de mis desdichas tomad
el exemplo: ¡qué lealtad!
¡qué amor! Isabela, ay Dios!
¿quien dixera que los dos:
nos halláramos así
yo sin alma, tú sin mí,
que lo fuí tuyo tambien?
Bel. Cierto, señor, que no es bien
quejarse con tal rigor,
que el señor Emperador,
se la volverá mañana.
Fed. ¿Tanto amor, dulce tirana,
Isabela, despreciaste?
¿qué mucho? viste, miraste,
que el ser yo tan desdichado,
de ver tú y de haber mirado
al César ha producido;
¿pues tan presto tanto olvido?
y con tan infames nombres?
dichosos fueran los hombres,
si no vieran las mugeres:
perdona si tú lo eres.
Trist, Huye, corre, vete, vuela.
Bel. Voy á decirlo á Isabela. *Vase.*
Sale el Emperador.
Emp. ¿Quéesesto? *Fed.* ¿Quién lo pregunta?
Emp. ¿Es Federico? *Fed.* No sé,
mas lo que es y lo que fué
en mí sujeto se junta:
de una esperanza difunta
soy un necio pretendiente,
soy un ser, que no se siente,
pues siendo el alma inmortal,
una forma substancial
la tengo por accidente.
Suspenso el entendimiento
y memoria sensitiva,
me ha dado la intelectiva
mas alto conocimiento:
y conociendo que siento

la ofensa, á vengarla voy,
pero como viendo estoy
el valor del que me ofende,
por no ser el que lo entiende,
dexo de ser lo que soy.
Que no siento es verdadera
proposicion, pues no siento
que no siento, y sentimiento
de que no siento tuviera;
que si el no sentir sintiera,
viera yo que el no sentir,
era dexar de vivir;
y no viniera á tener
sentimiento de no ser,
que debe de ser morir.
El alma con que viví,
y que este ser animaba.
se fué á vos, quando pensaba,
que mas la tuviera en mí:
y que se pasaba así
creyó la gentilidad
de un cuerpo en otro; mirad
si se pasa á vos la mia
esta noche, que podria
ser su mentira verdad.
De suerte que el alma mia,
aunque sin morir los dos;
hará pasandose á vos,
tan necia filosofia.
Quien es la que yo tenia,
esta noche lo sabreis,
quien soy no me pregunteis,
porque lo que voy diciendo.
aun yo mismo no lo entiendo,
mirad vos si lo entendeis.

Emp. Responderte, Federico,
en seso y en tanto mal,
fuera ser al tuyo igual,
el que á tu lastima aplico,
que perderla un hombre noble
de las partes que hay en tí.
tan estimado de mí,
aumenta la pena al doble.
¿Tristan, qué desdicha es esta?

Trist. Haber, gran señor, perdido
parte del alma el sentido,
que esto vale y esto cuesta:
que como tú le mandaste,
que quisiese tan aprisa,
he pensado que Fenisa,
de quien ayer te burlaste,
le ha dado hechizos, señor,
que es propio efecto de feas,
pues las hermosas no creas
que quieren por fuerza amor:
si quien tiene entendimiento,
quiere que nadie le quiera
por aquello que no fuera
su propio merecimiento. (vierte.

Emp. Prendanla, matenla. *Trist.* Ad-

Emp. No hay que advertir, morirá
Fenisa, culpada está
de Federico en la muerte,
que quien quita á un hombre
el seso, mas le quita que la vida.

Salen Isabela, el Duque Octavio, Belardo, y todos.

Isab. Lastimada y ofendida
de tan estraño suceso,
no hallo remedio mejor
que darte de todo cuenta.

Oct. Sino es venganza, es afrenta.

Bel Aquí está el César, señor.

Oct. Ya vengo, Príncipe invicto,
como dice, que me mandas,
Isabela, y ella y yo
te damos debidas gracias,
despues de tantas mercedes,
de que gustes de casarla
con Federico, que tanto
ilustra y honra mi casa.

Isab. Y yo tambien por mi parte,
como mas interesada
en este favor. *Emp.* Detente:
¿quien os dió nueva tan falsa?
ni he tenido pensamiunto
de casarte, ni se trata
mas que de tan gran desdicha.

Isab. ¿Qué desdicha?

Emp. Que una ingrata
muger le ha quitado el seso,
y que he mandado matarla.

Isab. No es ingrata quien ha sido
de este suceso la causa.

Emp. ¿Sabes tú quien es, que ya
con muerte infame le aguarda

mi castigo? *Isab.* Pues bien puedes,
gran señor, executarla.
Yo soy, que con un papel
que le escribí por venganza
de los zelos que me diste,
fingí que esta noche estaba
determinada á ser tuya,
siendo mentira inventada
de mi amor y mi desdicha.
Fed. ¿Mentira, Isabela, aguarda,
aguarda, no prosigas, que el discurso
que hasta ahora me faltaba,
has vuelto á mi entendimiento,
y las potencias al alma.
Oye, invictísimo Othon,
Augusto, Heroico Monarca,
como el Macedon de Grecia,
Alexandro de Alemania,
oye á dos amantes, oye,
lo que hasta ahora ignorabas,
y te encubrieron por zelos,
amor, respeto y privanza.
Dos años ha que á Isabela
sirvo, otros tantos que paga
mi amor, y con tantas guerras
el honesto fin dilatan,
que con casarnos tuviera
tan bien nacida esperanza.
Por la parte de aquel monte,
de su prado, hacienda y casa
fuiste á cazar aquel dia,
principio de mis desgracias:
referirte lo que sabes,
fuera cansada ignorancias.
Mandasteme que quisiese,
porque yo disimulaba
querer, temiendo enojarte,
y por no ofender la fama
de la opinion de Isabela;
y así dandome la traza,
ó mi desdicha, ó Tristan,
fingí que á Fenisa amaba,
concertandonos los dos,
en que si por esta causa
viniese á perder el seso
con las demas circunstancias,
que son peligros de amor,
tú la palabra me dabas
de ayudarme, como espero
que lo harás, pues empeñada
la tienes á ser quien eres,
que nunca á los Reyes falta.
Esta es la ocasion, señor,
que amor y fortuna llaman,
no ya la ocasion perdída,
sino la ocasion ganada.
Favoreceme con darme á
Isabela, así te hagan
los cielos, como de Europa,
Señor dél Africa, y Asia,
y á donde no llega el sol,
inhabitable distancia,
ni en los yelos de su sombra
vieron estampas humanas,
lleguen las Aguilas negras
de tus imperiales armas,
y el sol de envidia las siga
que lleguen donde él no alcanza,
Emp. Federico, aun no presumo
(tan dificilmente hallan
el seso los que le pierden)
que le has cobrado, pues hablas
no digo en tu amor y el mio,
si no en decir que obligada
está mi palabra aquí,
pues es cierto que te engañas,
que quando yo te la dí,
era quando te mandaba
que quisieses y buscases
sujeto en alguna dama.
Tú dixiste que lo harias
si te daba la palabra
de ayudarte, y á Fenisa
me mostrastes: si te casas
con Fenisa, cumpliréla:
porque yo no pude darla
para lo que yo queria,
y tú de secreto amabas.
Con esto se desempeña
mi palabra, pues fué dada,
para querer no queriendo.
Fed. Con justa causa me llamas
loco, pues no conocia,
que la palabra me dabas
de ayudarme, si quisiese.
Busqué dama fea y baxa

por escusar á Isabela
zelos, y encubrir que estaba
enamorado de quien
tú lo estabas. Ya te sacan
de la obligacion, señor,
mi desdicha y mi ignorancia.
Con esto dame licencia,
para que á Italia, ó á España,
me lleven mis desventuras
á morir en tu desgracia.

Emp. Alza del suelo. *Fed.* ¿Pues darla
reusas? *Emp.* Oyeme atento.
No fuera grandeza tanta
darte á Isabela, si fuera
cumplir la palabra dada:
quando de ella libre estoy,
y tú con desconfianza
y sin accion de pedirla,
el dartela será hazaña.
Dale la mano á Isabela.

Fed. Vivas invicto Monarca,
mil siglos. *Isab.* A tus victorias,
prevengan bronces la fama.

Trist. Una palabra señores:
el Emperador me casa
con Flora, aunque no lo dice,
ni me ha dado la palabra.
¿No es verdad, Flora? *Flor.* Así es.

Trist. Pues oygan señoras damas,
que aunque esta comedia nuestra
su autor, como han visto, llama
si no vieran las mugeres
quiere que á verla y honrarla
vengan muchas, y que vean
quanto por el mundo pasa,
muchas fiestas, muchas bodas,
toros y juegos de caña,
muchos novios las solteras,
muchos hijos las casadas,
mucha salud, mucha vida,
muchas joyas, muchas galas,
y lo demas que quisieren,
que aquí la comedia acaba.

FIN.

Con licencia. Año de 1804.

Se hallará en la Imprenta de Cruzado, y en el Puesto de Sanchez, calle del Príncipe.